

CAPÍTULO XI.

SE había reunido también al ejército otra banda de voluntarios de Chalons, gentes perdidas que llegaron furiosas contra Dumouriez, gritando: *¡Muera el aristócrata! ¡muera el traidor!* y creyendo, que en el ejército todo, iban á hallar eco sus imprecaciones.

Al día siguiente de su llegada, el general ordena una revista, coloca á los recién llegados entre su caballería con sable en mano, y sus artilleros con mecha encendida, y les dice sencillamente:

—Hay entre vosotros buenos y malos: gentes honradas y malas gentes: escojeos vosotros mismos y echad á los pícaros, porque sino acabais todos entre el sable y la metralla: yo no quiero aquí ni asesinos ni verdugos.

Al otro día, á los pícaros los habían echado, y no quedaban en torno de Dumouriez mas que los que eran dignos de la victoria.

Y debemos decirlo, este ejército de Dumouriez se portó admirablemente, lo mismo en el combate que despues de la batalla.

Hablemos por fin de la batalla y de la parte que tomó en ella el duque de Chartres.

Dos hombres habían lanzado gritos bien distintos, y que sin embargo, contribuyeron igualmente á la salud de la Francia.

Danton había gritado: *¡Es necesario meter miedo á los realistas!* y los asesinatos de Setiembre habían tenido lugar.

Vergniaud había gritado: *¡La patria está en peligro!* y cien mil voluntarios se lanzaron á la frontera.

Pero es menester decirlo: lo que contribuyó mucho á la salvacion de la Francia, fué la enérgica voluntad de Dumouriez.

Todos los generales estaban por la retirada, y de acuerdo en defender solo la línea de la Marne; pero Dumouriez se obstinó en defender la línea de la Argonne, inmenso bosque que separa de la pobre Champaña el rico país de Metz, de Toul y de Verdun. *¡Quién prestaba á Dumouriez la fuerza necesaria para luchar así contra todos?* Ya lo hemos dicho: Fabre d'Eglantine y Westermann, el pensamiento y el brazo de Danton.

Dumouriez escribió á Paris:

“La Argonne será las Termópilas de la Francia, con la diferencia de que las defenderé mejor y con mas fortuna que Leónidas.”

Segun él mismo dice en sus Memorias, al día siguiente del en que escribió estas palabras, faltó poco para que se perdiese todo de resultas de haber guardado mal un paso.

El 14 de Setiembre atacó su ala izquierda el duque de Brunswick é invadió la Champaña.

El 17 ocupó Dumouriez el campo de Sainte-Menehould, y los prusianos establecieron delante de él, sobre unos elevados montes, el campo que se llamó de la Luna.

Colocados así, los prusianos estaban dos leguas mas cerca de Paris que Dumouriez.

Creyeron los prusianos haber hecho una maniobra magnífica.—Nosotros le aislamos, decian,—y eran ellos los que estaban aislados.—El entusiasta ejército de Dumouriez encontraba en todas partes pan, vino y fuego, y á los prusianos, separados de Alemania, les faltaba todo.

Dumouriez aguardaba á Kellermann, que era ya viejo, sol-

dado veterano desde la guerra de los siete años: furioso con estar al mando de Dumouriez no solo no se apresuraba á obedecer las órdenes de éste, sino que las ejecutaba á su antojo.

Por fin, el dia 29 se dirigió Kellermann hácia el ejército de Dumouriez; pero en vez de tomar las alturas de Girancourt, atravesó en la noche del 18 al 19 de Setiembre el riachuelo de l'Œuve y se colocó en las eminencias de Valmy.

Aquí fué donde Dumouriez le encontró acampado el 19 en la mañana. Las tropas de Kellermann estaban divididas en dos líneas, una al mando del general Valence y la otra á las órdenes del duque de Chartres. Las fuerzas de Kellermann y Dumouriez reunidas ascendian á setenta mil hombres.

La posicion que guardaba Kellermann en Valmy, era excelente para un hombre decidido á vencer ó á morir: allí era ya imposible toda retirada.

Creyeron los prusianos que al tomar á Valmy Kellermann habia cometido un error: se engañaban: Kellermann sabia lo que hacia, Kellermann les enviaba un reto.

Al salir el alba atacaron los prusianos la vanguardia de Kellermann, puesta á las órdenes de Depretz de Cranier, y despues de una resistencia heróica, vióse precisada á replegarse; pero un oportuno socorro de Kellermann le facilitó el colocarse otra vez en su orden primitivo.

Este ataque causó naturalmente un trastorno en todo el cuerpo del ejército, que quedó formando un ángulo: la primera línea delante de Orbeval, entre el Œuve y la meseta de Valmy, perpendicularmente á la calzada de Châlons, y la segunda paralela á la misma calzada y perpendicular á la primera en las alturas de dicho Valmy.

En la referida meseta colocó Kellermann una batería compuesta de diez y ocho cañones; y mandó al duque de Chartres fuese á reemplazar al general Steigel en su puesto, y á éste que ocupase las colinas del Hyron.

El duque de Chartres se apresuró á cumplir su orden;

pero le fué imposible llegar á donde estaba el general Steigel hasta las ocho de la mañana. Steigel, luego que percibió al dupue le gritó desde lejos:

—Llegad, llegad pronto: no puedo dejar este puesto sin que tomeis posesion de él, y si no me amparo en breve de las colinas del Hyron morimos aquí todos aplastados como ranas.

Era el 20 de Setiembre, el cielo estaba nebuloso, hacia mucho frio y una espesa niebla impedía que se viesen los dos ejércitos. No, no se veían, pero adivinaban sus posiciones, y se dirijian á oscuras sendos metrallazos, que no dejaban de causar horribles desgracias.

La situacion de nuestro entusiasmado ejército era la peor, porque recibia la muerte sin saber si la daba. De repente una bala de obus hiere mortalmente al caballo del general Kellermann: éste cae en tierra, pero sano y salvo, y solamente un poco aturdido del golpe. Su caballo está ya muerto y monta en otro nuevo.

Deshácese por fin la bruma á los ardientes rayos del sol de Setiembre, y percíbense tres columnas prusianas que se dirijen á la meseta.

Kellermann mira su reloj: son las once.

Divide como el enemigo su gente en tres columnas y comunica la orden á toda la línea de no hacer fuego y recibir al enemigo á la bayoneta.

Los veteranos del gran Federico siguen avanzando poco á poco graves y sombríos: llegan por fin al pié de la colina y comienzan su difícil ascension.

Dumouriez los ve y empieza á hacerles fuego.

Los prusianos continúan subiendo.

Kellermann y su tropa ofrecen un extraño espectáculo: ínterin oyen la señal de ataque, generales, oficiales y soldados colocan sus morriones en su fusil, en su espada ó en su sable.

Un grito inmenso escúchase de pronto, grito que hiere como el rayo al ejército enemigo: *¡Viva la nacion!*

Los prusianos siguen ascendiendo, pero á cada instante el fuego de Dumouriez desbarataba sus líneas; una muralla de fierro les espera en lo alto de la meseta y un huracán de fuego hiere de lleno sus flancos.

Sin embargo, los prusianos avanzan y las dos líneas están próximas á encontrarse.

Entonces Kellermann, que era mediano general pero soldado valiente, se elevó diez codos por lo menos. El genio de la Francia estaba con él ese dia; y Kellermann estuvo sublime.

—¡Hijos míos, exclamó, ha llegado el momento, á la bayoneta!

La muralla de fierro se conmueve, y el duque de Chartres es uno de los primeros que entran á la carga. Prusianos y franceses se baten cuerpo á cuerpo: mas súbito el ejército enemigo rómpese por medio, y se replega, porque la artillería de Dumouriez le deshace las vértebras.

Brunswick conoce que todo se ha perdido, y dá la señal de la retirada: un cuarto de hora mas tarde hubiera sido la suya una completa derrota.

Esta retirada abate el orgullo del rey de Prusia: se lanza en persona á la cabeza de sus soldados, manda tocar á la carga y dirige su aguerrida infantería hácia la nuestra. Llega con su estado mayor á dos tiros de fusil de ésta: comprende que en el cuerpo del ejército francés hay en aquel instante una sola alma, y convencido de lo infructuoso que seria un nuevo ataque, se retira como lo hizo Bránswick.

Cuarenta mil cañonazos se tiraron ese dia: número fabuloso si se atiende á que Napoleon no nos habia aun acostumbrado á las batallas de artillería. Por eso á esta jornada se la llamó: *El cañoneo de Valmy*.

Solo siete mil cañonazos se tiraron en Malplaquet.

En la tarde del mismo dia abandonaron los prusianos el campo de batalla; pero al dia siguiente, 21 de Setiembre, volvieron á ocupar su mismo puesto.

En el mismo 21 de Setiembre la Convencion proclamaba la República.

Un parlamentario prusiano, que ignoraba los acontecimientos de la víspera, se presentó al dia siguiente ante el duque de Chartres. Llevaba cartas de recomendacion para los dueños de todos los castillos escalonados en el camino de Paris, y se las mostró al jóven duque, manifestándole con la mas viva alegría los deseos que tenia de llegar á Paris, para ver ahorcar á todos los patriotas. El duque de Chartres le contó entonces los cambios ocurridos en los asuntos del rey de Prusia, y añadió sonriéndose:

—Lo mas prudente, y lo que deberíais hacer, mi querido amigo, es volveros á Berlin, donde deseo que no veáis ahorcar á ninguno.

Pocos dias antes un coronel prusiano se habia presentado en el cuartel general del duque de Chartres: era un ayudante del rey de Prusia, protegido por el baron de Leyman, que servia en nuestras filas y que debia los adelantos en su carrera á la proteccion del duque de Orleans. Era portador de una carta para éste, é iba á suplicar al duque de Chartres se sirviese dirigirla á su padre.

—Caballero, contestó el jóven duque, de muy buena gana cumpliré con vuestro encargo, si esta carta contiene solo los testimonios de vuestra adhesion hácia mi padre.

—¡Ah! Monseñor, replicó M. de Manstein, contiene mas de lo que decís.

—Veamos, pues, ¿qué contiene?

—Ofrecimientos.

—¡Ofrecimientos! ¿de qué clase?

—Monseñor, estoy autorizado por los soberanos aliados para hacer saber al príncipe vuestro padre, que deseándose antes que todo libertar á la Francia de la anarquía, quedarían contentos y tranquilos si él se pusiese á la cabeza del gobierno.

—¿Y habeis podido creer, contestó el duque, que mi padre y yo haríamos caso alguno de tales patrañas?

El coronel quedó desconcertado por el pronto; pero despues entregó al duque de Chartres una sencilla carta de afecto, que éste remitió á su padre, y que el duque de Orleans depositó cerrada sobre la mesa del presidente de la asamblea.

Esta decidió que se quemase sin ser leída.

Un hecho acontecido durante el combate dará una idea del entusiasmo de los valientes voluntarios que marcharon á la frontera para oponer á tiempo una barrera á los invasores.

Se habia encargado á un destacamento que estaba á las órdenes del duque de Chartres el cuidar los equipajes mientras durase el combate; pero al estallido de los cañones, los bravos que componian aquel declararon que no querian cuidar equipajes sino combatir. El jóven general sabe esta sublime insubordinacion y se dirige á galope á donde están sus soldados. Al verlo, los gritos se aumentan y el mas antiguo sale de las filas y

—General,—le dice,—hablo á nombre de mis camaradas y mio: hemos venido á batirnos en defensa de la patria, y no á cuidar equipajes: queremos entrar en la lucha.

—Pues bien, amigo mio, respondió el duque de Chartres, sea como deseais: los equipajes se guardarán solos por hoy: id á batiros y mostrad á todos vuestros compañeros que tambien sois soldados franceses.

El destacamento entró en batalla y se portó admirablemente.

En cuanto á los equipajes, como lo habia dicho el duque de Chartres, se cuidaron ellos solos.

Al dia siguiente de la batalla recibió la convencion el parte de Kellermann y se le dió lectura en alta voz.

“Entre los que han desplegado mayor valor—decia—debo mencionar especialmente al duque de Chartres y á su

ayudante M. de Montpensier: ambos jóvenes han mostrado una admirable sangre fria en medio de uno de los fuegos mas vivos que pueden darse.”

Resonaron estrepitosos aplausos, y todas las miradas se dirigieron al duque de Orleans.

¿Quién hubiese creído entonces que un año mas tarde la cabeza del duque de Orleans caeria en un cadalso, que el duque de Montpensier estaria prisionero en la torre de San Juan de Marsella, y que el duque de Chartres se pasaria al enemigo?

CAPÍTULO XII.

YA hemos dicho que los prusianos habian abandonado el campo de batalla; pero que al dia siguiente se les volvió á encontrar en los mismos puestos que ocupaban antes.

En ellos se estuvieron fuertes, no solo uno, sino diez dias. En el combate no habia habido tanta carnicería como debia esperarse de 40,000 cañonazos. Los prusianos solo habian perdido 1,200 hombres, y nosotros nada mas que 800.

Paris, sin embargo, creyó que esta batalla era decisiva. Paris, que habia manifestado tan pánico terror hácia fines de Agosto, tanta postracion despues del 2 y 3 de Setiembre, se levantaba ahora orgulloso y valiente, con la noticia del triunfo. Los parisienses creian que Dumouriez les traicionaba,